PROPIEDAD
DE V. DE LALAMA.

BIBLIOTECA
DRAMÁTICA.

SE VENDE
LIB. DE CUESTA.

Á MUERTOS Y Á IDOS...

Proverbio en un acto, original, de D. Ramon de Navarrete, *estrenado en el teatro de la Zarzuela en Diciembre de* 1868.

PERSONAJES.	ACTORES.
Clementina, viuda jóven.	*Doña Teodora Lamadrid.*
El Marqués de Piedras Blancas.....	*D. Victorino Tamayo.*
El Conde de Valle-Real.	*D. Alfredo Maza.*
Luisa, criada de Clementina	*Doña Cándida Dárdalla.*
Pedro, criado del Conde.	*D. Emilio Mario.*

La escena es en una casa de campo inmediata á Aranjuez.

El teatro representa una sala con dos ventanas al jardin en el foro: la puerta de entrada entre ambas. A la derecha la que vá á las habitaciones interiores; á la izquierda el cuarto de Clementina.

ESCENA PRIMERA.

Clementina, Luisa.

Al levantarse el telon, es cerca del anochecer: Clementina hace crochet; Luisa, sentada á su lado, cose.

Cle. Qué cortos son todavía los dias en el mes de Abril! (*suspirando.*)

Lui. En cambio, qué largas son las noches cuando una las pasa sin distraccion!

Cle. Ya podias estar acostumbrada al cabo de cuatro años.

Lui. Cuatro años que vivimos enterradas en este rincon, sin ver mas hombres que al jardinero, el cual es tambien el encargado de traer las provisiones, y al capellan que viene á decir la misa todos los Domingos!

Cle. Paciencia! Pronto acabará nuestra reclusion.

Lui. De veras, señora? Y cuándo?

Cle. Segun las últimas noticias, D. Cárlos no debe tardar en llegar.

Lui. Gracias á Dios! Y vuelve rico?

Cle. Riquísimo, y mas amante que nunca.

Lui. Bien merece V. todo eso, porque no hay en el mundo dos mujeres como V.

Cle. Tú exageras.

Lui. Lo que es yo, nó hubiera podido hacer lo que V. ha hecho, ni por el hombre á quien mas quisiera; y V. que no ama á D. Cárlos...

Cle. Qué dices, loca?

Lui. Nó, no le ama V.: lo que siente V. hácia él es estimacion, es gratitud. Ni puede ser otra cosa: D. Cárlos es un sujeto apreciabilísimo; pero aquel defectillo del ojo...

Cle. Luisa...

Lui. Pues á la vista está que es tuerto. Despues, no digo yo precisamente que sea tonto, pero la verdad es que no ha inventado, no ya la pólvora, sino ni siquiera los polvos para limpiar velones.

Cle. Basta. No puedo permitir que hables de ese modo de una persona á la cual uniré mi suerte tan luego como regrese de América.

Lui. Pues hablo yo de él mal? Solo digo que es tuerto, simple y viejo.

Cle. Viejo, y no tiene 30 años?

Lui. No importa: hay viejos de 25, y jóvenes de 50. El carácter y el talento lo hacen todo. Así D. Cárlos, tétrico, antipático, desagradable, ha cumplido ya los sesenta.

Cle. Te he prohibido muchas veces que uses semejante lenguaje, tratándose de una persona de quien no estoy enamorada seguramente; pero á la cual debo la mayor consideracion, y cuyo nombre he de llevar en breve.

Lui. Quién sabe! El mundo dá tantas vueltas!

Cle. Dudarás de que llegue á casarme con él, despues de este largo retiro que voluntariamente me he impuesto?

Lui. No lo dudo por V., sino por él.

Cle. Le crees capaz de alguna infidelidad?

Lui. Los tontos,—y ya hemos convenido en que su futuro esposo de V. lo es—son capaces de todo. Que se proponga engatusarle una de esas coquetas que tanto abundan, y verá V. si se resiste.

Cle. Tú le calumnias! El, que me ama tan ciegamente!

Lui. Tuertamente, querrá V. decir. Y el chasco seria flojo! Estar aguardándole cuatro años, como Penélope á Ulises, y que no llegase al fin y al postre!

Cle. Olvidarme! No siguió amándome despues de mi

casamiento, como me amaba mucho antes de verificarse?

Lui. Pues por lo mismo que la primera vez la casaron á V. contra su voluntad con aquel señor mayor que no tuvo de bueno, sino que vivió poco tiempo, debia V. ahora casarse á su gusto.

Cle. La consecuencia, el cariño de D. Cárlos merecen premio. Sin duda ya no te acuerdas de todo cuanto ha pasado...

Lui. Lo sé perfectamente; que á los tres lustros la sacaron á V. del colegio, y entonces la conoció Don Cárlos; que él se enamoró de V., y que V. no se enamoró de él; que su señor padre, que de Dios haya, cuyos asuntos estaban bastante embrollados, quiso que V. se casára con un amigote y contemporáneo suyo, solteron y rico; que V. obedeció llorando; que el viejo se murió sin testar, á poco de la boda, y sus millones pasaron á sobrinos á quienes ni siquiera conocia; que el papá de la pena no tardó en seguirle á la sepultura, y que V., a los 17 años, se quedó sola en el mundo, sin mas bienes que esta casita, y una horfandad de ocho mil reales; que el Señor D. Cárlos volvió á renovar sus protestas de amor; pero como era mas pobre que las ratas, se fué á América, con la esperanza de mejorar de suerte, y con la promesa de V. de aguardar á que eso sucediera. Entonces nos vinimos á encerrar aquí, como dos monjas... y ya han trascurrido 48 meses! (*suspirando.*)

Cle. Pero sabes que nuestro cautiverio va á terminar? D. Cárlos me escribe por el último correo, que llegará de un momento á otro á ofrecerme la inmensa fortuna que ha conquistado con su trabajo.

Lui. Y en qué la ha hecho?

Cle. Creo que en el comercio de miriñaques.

Lui. Comercio bastante peligroso!

Cle. En fin, el caso es que vuelve rico, que nos casaremos en seguida, y que viviremos felices y en la opulencia.

Lui. Felices? Hum! (*dejando de coser y levantándose.*) Ha anochecido, y voy á encender luz. (*Enciende dos bujías que hay sobre la mesa.*)

Cle. Has cerrado la verja del jardin?

Lui. No señora, y lo voy á hacer ahora. Lo cierto es que en esta bendita casa estoy siempre muerta de miedo. Ya se vé, tres mujeres solas, á quienes nunca acompaña un solo hombre! Por mas señas, desde que ha venido al Sitio la Reina, he visto dos ó tres caballeros muy elegantes, andar rondando por estas cercanías.

Cle. Curiosos probablemente, que querrán ver el jardin.

Lui. El jardin! Qué inocente es la señora! O son adoradores de V., ó ladrones disfrazados de caballeros!

Cle. Ladrones?

Lui. Por qué no?

(En este momento, el Marqués que viene huyendo, como si le persiguieran, aparece en una de las ventanas del foro, y salta por ella á la sala. Clementina y Luisa dan un grito terrible, y corren á esconderse en un rincon del aposento.)

ESCENA II.

Dichas, El Marqués *de Piedras blancas.*

Cle. *y* Lui. Ah!!!

Lui. (*gritando.*) Ladrones! Ladrones!

Mar. No grite V. por Dios.

Lui. Ladrones!

Cle. Calla, necia! No conoces que si fuese un ladron no pediria por Dios que no gritases?

Lui. (*mirándole.*) Y es buen mozo! Y es fino! Tiene V. mil razones, señora; no es un ladron.

Mar. Perdonen Vds. el susto que les he ocasionado... Cuando sepan la situacion en que me encuentro, estoy seguro de que me perdonarán!

Cle. Hable V.; verdaderamente necesita esplicaciones su manera de introducirse en mi casa.

Mar. Voy á dárselas á V., tan ámplias como las quiera. Pero antes le rogaría que mandase cerrar todas las puertas, porque me vienen persiguiendo.

Cle. Persiguiendo?

Mar. He tenido la desgracia de matar á un hombre...

Lui. (*gritando.*) Ay! Es un asesino!

Cle. Calla.

Mar. No merezco ese nombre infamante. Nos hemos batido en buena lid... y le he muerto.

Cle. Eso es distinto... Yo no le pregunto á V. la causa.

Mar. Sin embargo, debo decirla. Ha sido en legítima defensa del honor de una mujer.

Cle. No puede darse causa mas noble, ni que mas escuse lo que V. ha hecho. Luisa, vé corriendo á cerrar la verja de hierro, y la puertecilla que sale al campo, y preven á Rosa que no diga á nadie que este caballero se ha refugiado aquí.

Lui. Voy volando, señora. (*aparte al marcharse.*) No hay quien me lo quite del magin! Esta historia tiene por lo menos la mitad de novela. (*vase.*)

ESCENA III.

Clementina, El Marqués.

Cle. Siéntese V., y serénese, caballero; porque estará V. muy agitado y conmovido.

Mar. Acepto con gratitud, señora. (*sentándose.*) Realmente no me sucede todos los dias derramar sangre humana, y siempre produce cierta emocion...

Cle. Cierta emocion?... (*sorprendida.*)

Mar. Mucha sensacion, quiero decir! Ahora, para que sepa V. con quien habla, voy á entregarle una de mis tarjetas, en la que verá mi nombre y mi clase.

Cle. (*tomándola y leyendo.*) «El Marqués de Piedras blancas.» No era necesaria esta prueba; nunca he dudado de la verdad de las palabras de V. De otro modo, no le hubiera dejado permanecer un minuto en mi casa, ni ofrecido en ella un asilo.

Mar. Ah! Conque se digna V. ofrecérmelo?

Cle. Cómo habia de entregarle á V. en manos de los que le persiguen... sobre todo, cuando se trata de un motivo que le honra tanto?

Mar. No obstante, es posible que vengan á buscarme hasta aquí.

Cle. Donde no le encontrarán, porque yo sabré esconderle bien. Le ha visto á V. entrar alguien?

Mar. Presumo que no; habia anochecido, y no pudieron seguir mis pasos.

Cle. De todas suertes, seria peligroso que saliese V. ahora otra vez. La justicia estará en acecho por estos alrededores, y de fijo caeria V. en sus manos.

Mar. Qué buena es V!

Cle. Es menester preveerlo todo, y voy á preparar un sitio donde se halle V. al abrigo de cualquiera pesquisa.

MAR. Cómo podré manifestar á V. lo profundo de mi gratitud!
CLE. No hay que perder tiempo; volveré en seguida; hasta despues.
MAR. (*poniendo una mano sobre su corazon.*) Señora!...
CLE. Silencio! (*váse rápidamente.*)

ESCENA IV.

El MARQUÉS, *solo.*

(*Observa si Clementina se ha alejado, y despues vuelve al proscenio frotándose las manos con satisfaccion.*) Bravísimo! Todo sale á pedir de boca, y no podia prometerme un éxito tan completo: la novela es cosa omnipotente con el bello sexo. Y la mia no estaba mal forjada! Un hombre muerto en desafío; un jóven que defiende la honra de una dama... Perfectamente! Ya estoy seguro de que ganaré la apuesta! El golpe era atrevido; aun mas, era insensato! Introducirse en una casa donde nadie ha logrado penetrar; donde viven solas, en un retiro, en un aislamiento absoluto, tres mujeres virtuosas! Ser recibido con una hospitalidad... primitiva; ofrecerme asilo, amparo y proteccion! Quién podria imaginar tanto? Y la viudita es mas hermosa de cerca que de lejos. Qué ojos! Qué labios! Y sobre todo, qué gracioso candor! Mi amigo estará furioso! Verse vencido, derrotado por mí! Sin embargo, el Conde de Villareal es intrépido, emprendedor, y no abandonará el campo fácilmente. (*pausa.*) Bien dicen que la ociosidad es madre de todos los vicios. Si no hubiésemos vivido tan desocupados en Aranjuez, no nos hubiera ocurrido intentar tan extraña aventura.—Cierta tarde que paseábamos á caballo Villareal y yo, divisamos á través de la reja de este jardin, una señora, linda, esbelta, elegante, que andaba lentamente con un libro en la mano. Detuvímonos un instante á contemplarla; pero ella, notando la curiosidad de que era objeto, volvió la espalda y se alejó de nosotros.—Es preciosa! esclamó el Conde.— Es divina! dije yo.—El Conde llamó á su criado, que venia detrás, y le interrogó acerca de la desconocida.—Es una señora viuda, contesto, la cual debe volver á casarse con un caballero que ha ido á América á hacer fortuna,—¿Por quién lo sabes?—Por el jardinero, del que me he hecho amigo.—Y vive sola?—Enteramente sola.—Es jóven?—Veintiun años.—Parece linda.—Como un sol!—Y no recibe visitas?—Absolutamente ninguna.—El Conde y yo nos miramos con sorpresa. Una idea original me ocurrió entonces.—Amigo mio, le dije, á mí me gustan mucho las apuestas. ¿Quiere V. que hagamos una?—De cuánto?—De mil duros.—Acepto.—Sobre qué?—Apuesto á que logro introducirme en esa casita, y deshacer el casamiento proyectado.—Y yo, repuso el Conde, apuesto que no lo consigue V.—Dímonos las manos, y el trato quedó hecho. Hasta ahora llevo trazas de ganar; pero segun nuestro convenio, si en el término de tres dias no he logrado desbaratar el matrimonio, seré yo quien pierda. Buen ánimo y adelante.—La viudita vuelve!

ESCENA V.

El MARQUÉS *y* CLEMENTINA.

CLE. Ya se halla todo dispuesto y puede V. venir cuando guste.
MAR. Están bien cerradas todas las puertas?
CLE. Luisa acaba de asegurármelo.
MAR. Entonces, permítame V. que antes de meterme en mi encierro, respire un instante mas las frescas auras de la noche.
CLE. Con eso daremos tiempo de que esté lista la cena que he mandado preparar para V.
MAR. Cuántas bondades!
CLE. Porque he supuesto que quizás no habria V. comido hoy.
MAR. Asi es la verdad. El dia ha sido tan agitado, tan terrible para mí!...
CLE. Era jóven su víctima de V?
MAR. Muy jóven: ventidos años. (*suspirando.*)
CLE. Ah! Y en esa edad semejante depravacion!
MAR. Inconcebible!
CLE. Y... (*se detiene.*)
MAR. Continue V.
CLE. Le parecerán á V. imprudentes é indiscretas mis preguntas; pero el asunto es tan interesante!
MAR. Muy interesante!
CLE. Era... (*vacilando.*) era... por ventura... rival de V?
MAR. No; yo no he amado... hasta ahora; la mujer á quien aquel miserable ofendió... era mi hermana.
CLE. Su hermana de V?
MAR. Una niña inocente y pura de quince abriles!
CLE. Qué horror!
MAR. V. tiene un gran corazon! (*breve pausa.*) Me permitirá V. que yo á mi vez la dirija una pregunta?
CLE. Por qué no, cuando he dado el ejemplo?
MAR. Es V. casada?
CLE. No; soy viuda.
MAR. Viuda... ya?
CLE. Hace cinco años.
MAR. Entonces la casarían á V. en la cuna.
CLE. Oh! No! Soy vieja.
MAR. Lo menos tiene V... veinte años.
CLE. Veintiuno.
MAR. Pues no los representa usted.—Y siendo tan jóven, tan buena, y... tan linda, cómo vive V. en este destierro? No me conteste V. si la molesta mi curiosidad.
CLE. La singular situacion en que nos hallamos, escusa lo que en otro caso podria parecer impertinente. Vivo tan retirada del mundo, porque voy á casarme con un hombre que llegará de América muy luego.
MAR. Ah!... (*otra pausa.*) Y?... (*Clementina hace un movimiento de impaciencia.*) Dispense V., me callo.
CLE. Hable V.; hable V.
MAR. Si hablo será para dirigirla nuevas preguntas.
CLE. Diga V. todo cuanto quiera.
MAR. Y... ama V. á ese caballero?
CLE. La pregunta es original.
MAR. Como V. me ha dado carta blanca...
CLE. En efecto... Pero de todos modos era escusada, supuesto que me caso con él.
MAR. Es que hay muchas mujeres que se casan con hombres á quienes no aman.
CLE. Las habrá; pero yo no soy de ese número.
MAR. De veras?
CLE. Semejante duda me ofende.
MAR. Perdone V., señora; las circunstancias que la rodean son tan estraordinarias!... Si realmente quiere V. á su futuro esposo, por qué se encierra

720270

en esta casa, como si temiera que haciendo otro género de vida, llegase V. á olvidarle?

CLE. (*con algo de despecho.*) Soy muy jóven, señor mio: aseguran que no soy del todo fea, y me hallo sola, enteramente sola en el mundo. Si me presentase en este en tales condiciones, ¿no me veria asediada, perseguida por los necios, ó por los calaveras?

MAR. Que es V. muy jóven, no cabe duda; que es V. linda, á la vista está; pero tiene demasiado juicio, demasiado talento, para no hacerse respetar de unos y de otros. Asi, deduzco de cuanto V. me ha dicho, que no ama á aquel con quien vá á unir su suerte.

CLE. Nada mas? (*con despecho.*)

MAR. Si señora; sospecho que tiene inclinacion hácia otro.

CLE. Señor mio... (*severamente.*)

MAR. No se enfade V.; nuestro conocimiento no es muy antiguo, pero la manera como lo hemos hecho, los peligros que me rodean, todo parece autorizarnos para hablar con absoluta franqueza.

CLE. (*aparte.*) El hombre es corto de génio!

MAR. En cuanto á mí, empezaré por confesarla á V. que me hallo en una situacion análoga á la suya. Me voy á casar tambien.

CLE. (*sorprendida.*) Tambien?

MAR. Con una mujer á quien no amo.

CLE. Tampoco?

MAR. Ah! V. acaba de declarar con ese tampoco, que no profesa cariño á su futuro.

CLE. No, no. (*turbada.*) He querido decir...

MAR. La verdad es como el agua; se escapa cuando se quiere comprimirla.

CLE. Vaya un empeño!

MAR. Pero yo iré mas allá, y manifestaré sin rebozo, que amo á otra.

CLE. Antes dijo V. que nunca habia sentido amor hácia ninguna.

MAR. Entonces era aquello tan exacto, como es lo que aseguro ahora.

CLE. (*severamente.*) No me obligue V. á arrepentirme de la acogida que le he hecho.

MAR. Seria V. capaz de entregarme á mis perseguidores, á mis verdugos?

CLE. Y quién me afirma que no se ha valido V. de una culpable supercheria para introducirse aquí?

MAR. Semejantes palabras son una ofensa, son un ultraje á mi desgracia, y no debo permanecer ni un minuto mas á su lado. A Dios, señora; y ojalá no deplore V. algun dia haber sido tan cruel, tan despiadada conmigo! (*alejándose.*)

CLE. Caballero...

MAR. (*volviendo precipitadamente.*) Señora?

CLE. Decia... que si me dá V. su palabra de honor de que no me engaña...

MAR. Juro á V. que he dicho la verdad... en todo.

CLE. Volvemos á las andadas? (*sonriéndose.*)

MAR. Yo no sé mentir.

CLE. En ese caso, cállese V.

MAR. Seré mudo; pero...

CLE. (*impacientándose.*) A todo le pone V. peros.

MAR. Menos á V.

CLE. (Qué hombre tan insoportable!)

MAR. (Qué mujer tan angelical!)

ESCENA VI.

Dichos, LUISA, *que sale muy agitada.*

LUI. Señora, señora! Ay! No sabe V. lo que ocurre?

CLE. Cómo quieres que lo sepa?

LUI. Está llena la casa de gente de policía.

CLE. Qué dices?

LUI. Vienen buscando al señor.

MAR. A mí!

LUI. No sé como han descubierto que se ha refugiado aquí, y están registrándolo todo, jardin, sótanos, graneros...

CLE. Ay! Dios mio!

MAR. Yo mismo voy á entregarme.

CLE. Deténgase V. No lo permitiré jamás!

MAR. No quiero de ningun modo comprometerla á V.

CLE. (Y yo que dudaba!)

LUI. Dónde le esconderemos, señora? V. que pensaba en la cueva! Ahora ya es imposible! Y el tiempo urge... (*asomándose á la puerta del jardin.*) Como que vienen hácia acá.

MAR. (Lo adivino; es alguna treta del Conde.) (*alto.*) Señora, abandóneme V. á mi triste suerte.

CLE. No, no! Entre V. ahí.

LUI. En su cuarto de V? (*asombrada.*)

CLE. Presumo que no registrarán hasta mi habitacion.

LUI. Que vienen!

CLE. Corra V. (*le hace entrar en la puerta de la izquierda.*)

MAR. Gracias, gracias. (*besándole una mano que ella le abandona en su turbacion.*)

CLE. Silencio! (*casi en el instante en que se cierra la puerta del cuarto de Clementina, sale por el foro el Conde, fingiéndose Inspector de Policía y Pedro disfrazado de municipal.*)

ESCENA VII.

CLEMENTINA, LUISA, *el* CONDE, PEDRO.

CON. (*aparte, mirando la puerta de la izquierda.*) Allí está! (*á Pedro con voz tremenda.*) Has colocado la gente en los puntos convenidos?

PED. La casa se halla completamente cercada, y el criminal no se podrá escapar por ninguna parte.

CLE. (*aparte, con angustia.*) Dios mio!

CON. (*en tono brusco y duro.*) Señoras, acaba de cometerse un crímen espantoso, y tenemos sospechas fundadas de que el autor se ha introducido aquí.

CLE. En mi casa?

CON. Se le ha visto escalar las tapias, y es imposible que haya vuelto á salir. Supongo que no querrá V. hacerse su cómplice, ocultando, por mal entendida caridad, á un foragido semejante.

CLE. Foragido? (*algo asustada.*)

CON. Está V. dispuesta á responder al interrogatorio que voy á dirigir á V. y á sus criadas?

CLE. Por qué no? (*temblando.*)

CON. Sepa V. que la ley castiga severamente al que intenta sustraer un criminal al castigo á que se haya hecho acreedor.

CLE. (*trémula.*) Yo...

CON. Piense V. que la trataré sin ningun miramiento, si me engaña. (*aparte.*) Qué bonita es! (*alto.*) En fin, no olvide que si rehusa auxiliar en sus pesquisas á la justicia, incurrirá en las penas que marca el código en su artículo... (*aparte.*) no sé cual.

CLE. Cielos!

CON. Soy el representante de la ley, y V. está obligada á decir la verdad, y á no esconder al reo.

CLE. (*balbuciente.*) Yo... yo á nadie he visto.

Con. V. se turba, señora, y los tribunales apreciarán tal indicio. No se trata de una falta leve ni de un crímen vulgar. El hombre á quien perseguimos, es un bandido, tanto mas peligroso, cuanto que encubre su maldad, bajo un aspecto inofensivo y agradable...

Lui. (*exhalando un grito de terror.*) Ah!

Con. Por qué ha gritado esta jóven?

Lui. De miedo, de miedo, pensando que si ese bribon se hubiese introducido en la casa...

Con. Las hubiese asesinado á Vds.... Su último delito, perpetrado aun no hace dos horas, ha sido penetrar en el tranquilo albergue de unas señoras indefensas, robarles cuanto poseian, y degollarlas despues.

Lui. (*fuera de sí.*) Que horror! Yo... (*vá á hablar: Clementina la mira, y ella se detiene.*)

Cle. (*aparte.*) Es imposible que sea el mismo.

Con. Manchado todavía con aquella sangre inocente, ha debido introducirse aquí.

Cle. (*aparte.*) No, no; no puede ser él.

Con. Así, señora, si movida por un sentimiento de compasion, ha dado V. asilo á ese hombre, ahora que sabe cuáles son sus hazañas, supongo que no vacilará en entregarnos al criminal.

Cle. Repito que ni yo, ni mis criadas, hemos visto á la persona á quien Vds. buscan.

Con. Voy á continuar mis pesquisas, y pobre de V. si descubrimos al delincuente. (*dirigiéndose á la puerta de la izquierda.*) Por dónde se vá al interior de la casa?

Cle. (*interponiéndose.*) Por allí: este es mi cuarto.

Con. Por última vez, no tiene V. nada que declarar?

Cle. (*con dignidad.*) Nada!

Con. (*en tono amenazador.*) Infeliz de V. si me engaña! Vamos. (*vase por la derecha seguido de Pedro.*)

ESCENA VIII.

Clementina, Luisa, *el* Marqués.

(*En cuanto el Conde y Pedro se van, el Marqués sale del cuarto de Clementina, se acerca á ella y la estrecha las manos con efusion.*)

Mar. Gracias, señora, gracias!

Lui. (*con un grito de horror.*) Oh!

Cle. Caballero, yo no le conozco á V.; ignoro si me ha engañado ó me ha dicho la verdad; no sé, ni quiero saber si es inocente ó culpable; pero le he dado asilo en mi casa, y no debo entregarle á sus perseguidores. Huya V., huya V. al momento.

Lui. Sí; huya V., huya V!

Mar. Con que ha podido V. dudar de mí? Con que ha creido que soy el miserable á quien buscan? Ah! tenia mas confianza en el instinto de su noble corazon!

Lui. Señora, no le crea V.: ya ha oido lo que han dicho: «Es un bandido, tanto mas temible, cuanto que encubre su maldad bajo un aspecto inofensivo (*mirándole.*) y bastante agradable!»

Mar. (*sacando una cartera del bolsillo y entregándosela á Clementina.*) Dígnese V. pasar la vista por estos papeles, y se persuadirá de que el hombre que la habla, podrá ser infeliz, pero no ha sido nunca criminal.

Cle. (*ojeando los papeles que contiene la cartera.*) Una cédula de vecindad del Marqués de Piedras Blancas; cartas dirigidas al mismo; letras á su nombre... No puede ser.

Lui. Bien lo decia yo: no puede ser. (*con una transicion.*) Pero, y si hubiese robado todo eso á alguna víctima?

Mar. (*notando una nueva sospecha en el rostro de Clementina.*) Vacila V? Pues ahora mismo voy á entregarme á ellos.

Cle. (*deteniéndole.*) No: no!

Mar. Todo menos la duda, todo menos la sospecha. No puedo tolerar que ni un instante me confunda usted con un asesino. Conozco que una fatal coincidencia puede justificar semejante vacilacion; pero contra las apariencias que me acusan, yo apelo á su alma elevada y generosa de usted. Hay algo en mi porte, en mis miradas, en mi acento, que puedan hacerme confundir con un bandido?

Cle. No. (*convencida.*)

Mar. Y ahora coloque usted su mano sobre mi corazon. Lo siente usted agitado por la zozobra ó el miedo? No, no; si acaso palpita, es solo de amor hácia usted.

Lui. Ah! Conque usted ama á la señora? Cuánto me alegro! Y á propósito, he aquí una carta de América... Debe ser de su futuro esposo de usted.

Cle. (*tomándola con algo de impaciencia.*) Dáme, necia.

Mar. Su futuro esposo? (*con amargura.*)

Cle. Ya he dicho á usted que debo casarme en breve. Por lo tanto, es necesario, es indispensable que nos separemos. Estoy persuadida de que no es usted el hombre á quien persiguen; pero de cualquier modo que sea, no quiero que le encuentren aquí. Todo el mundo sabe que vivo sola. Qué pensarian si hallasen un desconocido en mi casa, y á estas horas?

Mar. Es verdad! A Dios, señora. Usted olvidará en seguida esta estraña aventura; pero yo no la olvidaré jamás!

Cle. A Dios. Luisa, acompaña al señor.

Lui. Pero, y por dónde ha de marchar sin que le vean? Ignora usted que la justicia se ha apoderado de todas las salidas?

Cle. Entonces escóndele en el cuarto del jardinero, que habrán registrado al entrar; y en cuanto los demás se ausenten, hazle partir.

Mar. Es usted muy cruel.

Cle. (*tendiéndole una mano.*) A Dios.

Mar. (*llevándola á sus labios.*) A Dios.

Lui. (*aparte.*) Qué lástima! Cuánto mas valdria que se casára con este que con el otro! (*vanse.*)

ESCENA IX.

Clementina *sola.*

Qué série de sorpresas y de emociones! Y no sé por qué, encontraba un placer singular en la rara situacion en que la casualidad nos ha colocado! Es tan simpática su fisonomía! Es tan dulce su voz! Sí, sí! Es mucho mejor que se marche. Leamos, leamos pronto la carta de Cárlos. (*mientras la abre.*) Estoy segura de que me escribe tan amante, tan apasionado como siempre! Cuánto me ama, cuánto! Mil veces mas que yo á él! (*suspira, se enjuga una lágrima, y empieza á leer.*) «Si la postura no fuese tan incómoda, esta carta deberia escribirla de rodillas. (*interrumpiéndose.*) El estilo de siempre... tierno, aunque original. Prosigamos. «Sí, Clementina; antes de revelar á usted mi falta, debo solicitar su perdon. Usted sabe cuánto la he querido; usted sabe que ha sido mi primer amor...»

(*dejando de leer.*) Y el único tambien. Pobre hombre! (*continuando.*) «Pero...» Ah!... Hay un pero! «pero cuatro años de ausencia, y una série de circunstancias completamente novelescas, han producido un resultado inesperado. Yo sigo amándola á V., y la amaré hasta la muerte, pero...» Otro pero...» Pero al mismo tiempo amo á otra.» Ah! (*deteniéndose sorprendida.*) «No es tan linda, tan amable, ni tan buena como V.; pero...» (*volviendo á detenerse irritada.*) Son insoportables sus peros! «pero en cambio me idolatra y tiene una fortuna colosal. Su cuerpo no es lo que se llama perfecto en Europa; pero aseguran que en ciertos países del Asia una joroba se considera como un encanto mas.» (*deteniéndose.*) Me deja por una jorobada!... Porque es rica, porque tiene una gran fortuna, porque...(*arrojando la carta con desprecio.*) Miserable! Y á ese hombre le he guardado cuatro años fidelidad! Por él he vivido en este tristísimo retiro, lejos del mundo, de la sociedad, de los placeres! Pues ahora mismo quiero que todo acabe, que todo varie. Esta noche, dentro de un momento, voy á regresar á Madrid! Sí, sí; voy á huir de los sitios que me recuerdan la memoria de ese hombre odioso, su falsedad, y mi tontería! Luisa! Luisa! (*tirando de la campanilla.*) Luisa!—No vendrá esta mujer? Luisa!

ESCENA X.

Dicha, Luisa.

Lui. (*sale corriendo.*) Señora, qué ocurre?

Cle. Ocurre... ocurre que no quiero pasar ni un dia mas en Aranjuez, y que nos vamos mañana á Madrid.

Lui. (*asombrada.*) De veras?

Cle. Dispon lo necesario para que marchemos temprano.

Lui. Ah! Ya caigo! Es que llega el señor Don Cárlos?

Cle. No, no. Tenias razon; en esta quinta no se puede vivir. Si no la matase á una el fastidio, la mataria el miedo.

Lui. Pero, y esa gente que anda registrando hasta los desvanes...?

Cle. Pero, pero... Ya sabes que me atacan á los nervios, que me encocoran, que me ponen fuera de mi los peros. (*vase furiosa.*)

ESCENA XI.

Luisa, *despues* Pedro.

Lui. Pues señor, qué mosca la habrá picado? Ella tan dulce, tan apacible, tan inalterable, está ahora irritada, furiosa, frenética. Se habrá enamorado del Marqués, le pesará el compromiso pendiente con D. Cárlos? Toma! pues si no es mas que eso, no sería ni la primera ni la última mujer que faltase á su palabra... (*viendo salir á Pedro.*) Hola! El polizonte! Punto en boca.

Ped. Chit!

Lui. (*aparte.*) Qué me querrá?

Ped. Acércate.

Lui. Venga V. acá.

Ped. (*acercándose.*) Aquí hay un misterio oculto.

Lui. Qué me cuenta V?

Ped. Y tú lo sabes muy bien.

Lui. Yo no.

Ped. Dónde está el criminal?

Lui. Lo ignoro.

Ped. (*saca una moneda de oro y se la dá.*) Toma.

Lui. Gracias. (*guardándola.*)

Ped. Condúceme.

Lui. A dónde?

Ped. A su escondite.

Lui. Cuando le digo á V...

Ped. Ten. (*la dá otra moneda.*)

Lui. Venga.

Ped. Vamos.

Lui. Si no lo sé!

Ped. Ahí vá eso. (*la dá otra moneda.*)

Lui. Guárdese V. su dinero, y no pregunte lo que no le puedo decir.

Ped. (*aparte.*) Cosa rara! Es incorruptible! Busquemos otro medio! (*alto.*) Apuesto que el que buscamos es jóven y buen mozo.

Lui. Por qué?

Ped. Estoy seguro de que por eso le proteges.

Lui. Yo?

Ped. Y á decir verdad, no comprendo cómo estas todavía soltera.

Lui. Ya; como llevo cuatro años metida en este rincon...

Ped. Porque eres muy linda.

Lui. Favor que V...

Ped. Muy graciosa, muy viva; y pocos te verán sin fijar la atencion en tí.

Lui. Gracias á Dios, mañana nos marchamos á la córte.

Ped. Dónde no tardarás en encontrar una buena colocacion.

Lui. De veras?

Ped. Pero si tú quisieses, podrias hallarla antes de llegar allá.

Lui. Qué dice V...?

Ped. Ya que tú te empeñas en no revelar este secreto, yo voy á descubrirte el nuestro.

Lui. (*con curiosidad.*) Hable V! Hable V!

Ped. Ni yo soy polizonte, ni el Inspector es otra cosa que mi amo, el Conde de Valle-Real.

Lui. Jesús! Y entonces, por qué se han introducido Vds. aquí de ese modo?

Ped. Porque el señor Conde está enamorado de tu señora, y yo de su doncella.

Lui. Y qué es usted, sepamos?

Ped. Yo? Su ayuda de cámara, su mayordomo... su factotum en fin.

Lui. Mayordomo? Acepto su mano de V.—Pero aun ignoro el objeto que...

Ped. Y ese hombre que ha entrado antes que nosotros, no es tal reo, ni tal criminal...

Lui. Pues qué es?

Ped. Es un íntimo amigo de mi señor. Solo se trata de una apuesta...

Lui. Con que solo se trata de una...?

Ped. Y los mil duros que figuran en ella, serán tu dote, si la ganamos.

Lui. Ay! Yo con un dote! Yo con un marido! Qué felicidad!

Ped. Dónde se halla escondido ese caballero?

Lui. En la casita del hortelano.

Ped. Bien! Voy á atraparle, y dentro de media hora estará el dinero en nuestro poder.

Lui. Y la boda?...

Ped. En seguidita. Pero oye; no digas una palabra á tu señora, porque si ella lo sabe...

Lui. Es claro; ganaria el otro, y nos quedaríamos nosotros *per istam*. Seré muda.

Ped. Si es posible que lo sea una mujer. Conque hasta luego, luz de mis ojos.
Lui. Hasta despues, futurito mio. Y á propósito, como se llama V?
Ped. Lo sabrás cuando se firmen los contratos. A Dios!
Lui. A Dios!
Ped. (*aparte.*) Esta pobre ya se tragó el anzuelo. Vamos ahora á pescar al otro. (*vase.*)

ESCENA XII.

Luisa, *despues* Clementina.

Lui. Que alegría!... Yo me caso... la señora se casa... mi marido se casa... Todos nos casamos! Voy á ser rica, riquísima! Mil duros de dote! Con eso podré llevar vestido de cola; tendré abono en la zarzuela, y arrastraré coche. Si señor; con mil duros debe haber para eso y para mucho mas.
Cle. Está todo arreglado, Luisa? (*al salir.*)
Lui. Si supiese V. lo que hay! (*fingiendo sobresalto.*)
Cle. Habla.
Lui. He visto á los agentes andar al rededor de la casa del hortelano.
Cle. Qué dices?
Lui. Sin duda sospechan que está encerrado allí el criminal.
Cle. No es posible. Como alguno no se lo haya revelado!
Lui. Quién sabe! Hay tanto soplon! Y si le cojen al pobrecito...
Cle. Me haces temblar!
Lui. Un sujeto tan fino, tan atento, tan...
Cle. En efecto, es muy agradable.
Lui. Qué haríamos para salvarle?
Cle. Veo que te has interesado por él.
Lui. Y V. señora? (*con malicia.*)
Cle. Yo?...

ESCENA XIII.

Dichas, el Marqués *que sale por el fondo, agitado y descompuesto.*

Mar. Ya no hay esperanza!
Cle. V. aquí!
Mar. Han descubierto mi escondrijo, y he tenido que escaparme por la ventana.
Cle. Huya V!...
Mar. Por dónde? Ya es imposible!
Lui. Es imposible... porque estan ahí sus perseguidores.
Cle. (*con una resolucion heróica.*) No importa! Yo le salvaré á V.

ESCENA XIV.

Dichos, el Conde, Pedro, *otros dos agentes.*

Con. (*señalando al Marqués.*) Ese es! Apoderaos de él! (*á los dos criados disfrazados de agentes, que hacen un movimiento para cumplir esta órden.*)
Cle. (*adelantándose.*) Por qué?
Con. (*con dureza.*) Señora, no intente V. por mas tiempo salvar á ese hombre; no quiera V. interponerse entre la espada de la justicia y un criminal.
Cle. Por qué no, cuando ese hombre es inocente? Por qué no, cuando ademas, el que V. llama criminal, es mi marido?
Mar. (*aparte con alegría.*) Ah!
Con. (*atónito.*) Su marido?
Cle. (*con firmeza.*) Mi marido, que al cabo de cuatro años de separacion, acaba de llegar de América dónde ha residido ese tiempo.
Con. (*en tono de burla al Marqués.*) Con que es V. la persona á quien esa señora aguardaba?
Mar. Yo mismo.
Con. Qué pruebas podrá V. presentar para acreditarlo?
Mar. Las que V. guste.
Con. Un hombre de honor es siempre esclavo de su palabra; me basta, pues, conque jure V. por el suyo, que no pretende pasar por otro.
Mar. Pues bien, juro que es tan cierto que soy el marido de mi mujer, como que V. es Inspector de policía.
Con. A eso no hay nada que replicar, y abandono completamente el campo.
Mar. (*bajo á él.*) Venga el dinero.
Con. (*dándole un bolsillo.*) Ahí vá. (*saludando á Clementina.*)
Lui. (*bajo á Pedro.*) Cuando nos casamos?
Ped. Nunca. No ves que mi amo ha perdido la apuesta?
Lui. Bribon! (*El conde hace un nuevo saludo á Clementina y al Marqués, y se retira seguido de los criados.*)
Con. Perdí. (*ap.*)
Mar. (*aparte.*) Gané... Pero todavía me falta ganar lo principal.

ESCENA XV.

Clementina, *el* Marqués, Luisa.

Mar. Y ahora que hemos quedado solos, permítame V. que yo tambien implore mi perdon.
Cle. Perdon! Y por qué?
Mar. Soy menos criminal de lo que V. se figura...
Cle. Qué dice V?
Mar. Mi única culpa consiste en haber engañado á V...
Cle. Cómo!
Mar. En haberme introducido en su casa, valiéndome de un pretesto para procurar interesarla, para conseguir su amor.
Cle. Tal engaño, semejante superchería son indisculpables! No habria sido mas noble, mas generoso, mas digno, que me hubiese V. espuesto francamente... sus simpatías y sus intenciones?
Mar. Sabiendo que la ligaban compromisos sagrados á otro hombre, yo queria ante todo interesarla á V., y fragué aquella historia de desafío, de muerte...
Cle. Es que...
Mar. V. ha declarado á la faz del mundo, ante un Magistrado enaltecido con toda la magestad de la justicia humana, que yo soy su esposo. Qué juzgaría él mismo, qué supondria la sociedad cuando se supiera, que aunque movida por un sentimiento generoso, no habia dicho V. la verdad? Pero bien lo veo; V. lo prefiere todo, el ludibrio, la vergüenza, la deshonra, á entregarme esa mano que haria mi felicidad. Ah!.. Por qué le soy á V. tan odioso? A Dios, señora. Voy á partir para América, y allí diré al hombre á quien V. ama, lo que le envidio... y lo venturoso que es! (*alejándose.*)
Cle. (*Conmovida.*) Deténgase V.
Mar. No, no. Para qué quiere V. que me quede? Qué podrá decirme? Que me compadece? Eso ya lo sé.
Lui. Y tal vez algo mas. No lee V. en el rubor de

sus megillas, en la expresion de sus ojos, en el temblor de sus lábios, lo que estos no pueden articular? No conoce V. que es amado tambien?

MAR. (*Arrojándose á sus pies.*) Clementina, puedo creerlo? Debo partir... ó debo quedarme?

CLE. Quédese V.

MAR. (*Siempre de rodillas, cubre de besos su mano.*) Ah!

LUI. (*bajo á Clementina.*) Señora... y, qué va V. á hacer con el otro... con el tuerto?

LUI. Con el otro? Seguramente que es un santo... pero... (*acentuando mucho este pero.*) quién sabe si me habrá olvidado antes él? Y luego, acuérdate de aquél refran que dice: «A muertos y á idos, ya no hay amigos.»

FIN DEL PROVERBIO.

MADRID:
IMPRENTA DE GABRIEL ALHAMBRA,
San Bernardo, 73.

1868.